

Editorial

Vales lo que vale tu esperanza

Una organización ha hecho célebre el eslogan: “No me llames iluso porque tenga una ilusión...”. No es lo mismo tener una ilusión, cosa muy lógica y hasta envidiable, que ser un iluso, epíteto que dice muy poco a favor del sujeto así clasificado.

Emparentada con la ilusión está la esperanza. Al que tiene una esperanza sí se le puede llamar con rigor esperanzado. El iluso es una persona engañada o falsamente seducida. En cambio, llamamos esperanzado a quien pone su esperanza en algo posible, a quien espera conseguir un bien y se afana en su adquisición. Se afana; porque si no trabaja mientras espera, entonces sí que es un iluso.

Esperar es, pues, un verbo activo. La esperanza, si no se ejercita, pierde vigor, se debilita y se seca. Y donde hay esperanzas secas suele haber peligro de incendio o de agotamiento personal y profesional.

Los griegos decían que las esperanzas de una persona miden la categoría espiritual de esa persona. Dicho de otro modo: usted vale lo que valen sus esperanzas.

En estos últimos años el Papa nos ha despertado bruscamente de nuestro entorpecimiento ético, señalando el crecer y afirmarse de una cultura de muerte en nuestras sociedades. Quizá nos hubiera gustado un lenguaje más suave, es decir, que no nos inquietara y cuestionara, dejándolo todo como antes.

Parece como si nuestra convivencia civil renunciara a los valores y al deber de ayudar a madurar “buenas personas”. Un pueblo sin moral es un pueblo desmoralizado, sin fuerza ni defensas. Con la moral baja, uno sólo aspira a que le toque la lotería. Diseñar una nueva moral, la que en realidad necesitamos en nuestros días, es un precioso ejercicio de esperanza social.

Sin embargo, el Papa nos estimula a no dejarnos vencer por actitudes pesimistas y de renuncia. El Reino de Dios sigue su curso, la fuerza de la resurrección del Señor está desplegando sus posibilidades.

La salud integral de la persona y de toda sociedad se basa en el rearme moral, en la convicción gozosa de que no hay nada podrido en el esqueleto de las leyes que rigen la propia vida.

¿Puede esperar el hombre en ese rearme moral? Nuestra respuesta es sí. La capacidad innata del ser humano para construir es mayor que para destruir. Esta es nuestra esperanza y compromiso. Y, aunque nos llamen ilusos por eso, nosotros nos sentimos esperanzados.

Queremos reflexionar en este número de la Revista sobre el tema y la experiencia de la esperanza, como ingrediente fundamental de nuestra vida y compromiso. Nos acompañará San Camilo – de él celebraremos la memoria litúrgica el 14 de Julio -, un profeta de esperanza en el mundo del sufrimiento. Él apostó por la vida, por el servicio y la entrega generosa. Tuvo esperanza e ilusión, pero no fue un iluso.